

COMUNIDAD COMO FUENTE Y SIGNO DE ESPIRITUALIDAD

Comisión NG

Cuando hablamos de comunidad nos remitimos a las experiencias de vida de las primeras cristianas y cristianos. El libro de los Hechos en sus primeros capítulos nos da un hermoso mosaico de lo que eran las primeras comunidades, en las cuales el signo que caracterizaba era el “*poner todo en común*”, premisa fundamental que fue construyendo el estilo de vida de las/os primeras/os cristianas y cristianos.

Convocados por un Dios comunitario

La comunidad es ese espacio y don que se construye en la cotidianidad, donde cada Hermana y Hermano, logra vivir y experimentar la presencia del Dios Trinidad que se manifiesta de diversas maneras. Anotamos aquí lo que nos dice Emilio L. Mazariegos en su libro *Naín*: “la comunidad religiosa no se nos da hecha. Se hace día a día con el don gozoso de uno mismo. Y se forma no con criterios y actitudes sólo humanas, se crea la comunidad con una vida de fe, que es la adhesión a la persona de Jesús y su Evangelio. Se hace comunidad cuando los miembros asumen las reglas de oro que Jesús va enseñando”.

Según el documento La Vida Fraterna en Comunidad “del don de la comunión proviene la tarea de la construcción de la fraternidad, es decir de llegar a ser hermanos y hermanas en una determinada comunidad en la que han sido llamados a vivir juntos”. La comunidad religiosa, a ejemplo de la Iglesia primitiva, en que la muchedumbre de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma (cf. Hch 4, 32), nutrida por la doctrina evangélica, la sagrada liturgia y, señaladamente, por la Eucaristía, debe perseverar en la oración y en la comunión del mismo espíritu (cf. Hch 2, 42).

Las/os religiosas y religiosos, como miembros de Cristo, han de adelantarse unos a otros en el trato fraterno con muestras de deferencia (cf. Rom 12, 10), llevando unos las cargas de los demás (cf. Gal 6, 2). Por la caridad de Dios que el Espíritu Santo ha derramado en los corazones (cf. Rom 5, 5), la comunidad, congregada, como verdadera familia en el nombre del Señor, goza de su presencia (cf. Mt 18, 20). Es más, la unidad de los hermanos y hermanas pone de manifiesto el advenimiento de Cristo (cf. Jn 13, 35; 17, 21) y de ella emana una gran fuerza apostólica.

Cuando Jesús elige a los apóstoles, (Mc 3, 13-15), nos encontramos con la experiencia de la vocación, que es al mismo tiempo convocación y envío. Descubrimos que la comunidad tiene que estar continuamente haciéndose, reavivando y haciendo memoria de quién llama y para qué llama. En Lucas 22, Jesús nos dice que somos reunidos para beber del mismo cáliz, correr la misma suerte, la suerte de ser siervos, de servir con capacidad de influir, de involucrarnos al estilo del siervo, no mandando sino creando y recreando, sin olvidar que nuestra fidelidad es entregar vida para que exista vida.

Compartir la experiencia de Dios

Si decimos comunidad hacemos referencia a un encuentro fraterno en el cual cada uno tiene su historia personal marcada por la experiencia de un Dios que se hace Padre, amigo, compañero de camino. Lo más enriquecedor acontece cuando ponemos en común la experiencia de Dios, la experiencia del encuentro con el amado que nos convoca y por el que cada uno se sintió atraído.

Así, la comunidad es el lugar donde nos nutrimos de Dios, don-

de llevamos nuestras vasijas para llenarlas de vida, pero también donde podemos donar nuestra experiencia de fe. Las comunidades son fuente de vida y signo de espiritualidad cuando de ellas mana esa experiencia de Dios vivida y compartida por cada una y cada uno.

Una comunidad es fuente de vida en el Espíritu, porque de ella surge como un manantial la riqueza espiritual. Ella está dotada por la gracia de Dios y por el aporte de cada una y cada uno de sus miembros. Se convierte a la vez en signo de vida espiritual porque representa y evoca la presencia del Dios Trinidad que se hace presente desde la fragilidad de cada una de las/os Hermanas/os en medio de nuestro pueblo.

Hacer comunión en medio de tensiones

El Papa Francisco en la carta Apostólica en ocasión del año de la Vida Consagrada invita a ser signo y fuente de espiritualidad diciendo: “Sean pues mujeres y hombres de comunión, háganse presentes con decisión allí donde hay diferencias y tensiones, y sean un signo creíble de la presencia del Espíritu, que infunde en los

corazones la pasión de que todos sean uno (cf. Jn. 17, 21). Vivan la mística del encuentro: la capacidad de escuchar, de escuchar a las demás personas. La capacidad de buscar juntos el camino, el método, dejándose iluminar por la relación de amor que recorre las Tres Personas Divinas (cf. 1Jn. 4, 8) como modelo de toda relación interpersonal”.

Una comunidad se convierte en fuente y signo de espiritualidad, cuando en ella está presente el Dios Trinidad y se respira un clima de comunión, de cariño, de entrega, de corresponsabilidad, de escucha, de gratitud, de gratuidad, de contacto con las realidades de sufrimiento y dolor que vive nuestro pueblo. Cuando cada Hermana y Hermano es acogido como un don que Dios ha enviado a la comunidad para que ésta dé mejores frutos. José Carlos Correa afirma: “Una fraternidad formada por el Espíritu de Dios no es ciertamente un mero club de amigos. No podemos elegir tan sólo a los que nos son simpáticos, a los que concuerdan con nosotros, a los que no crean problemas... Una fraternidad formada por el Espíritu de Dios acoge a cada uno como enviado por el mismo Espíritu, cree que cada Hermana y

Hermano trae una comunicación especial del mismo Espíritu y por eso quiere oír a todos para seguir disfrutando y nutriéndose de la presencia del Espíritu en medio de ella, siempre dócil y obediente a cuanto él inspira, a los menores impulsos que puedan venir de él”.

Una comunidad es fuente y signo de vida en el Espíritu cuando en ella se afrontan los conflictos, como oportunidades que ayudan a dar lo mejor de sí y sobre todo a experimentar que quienes están conformando la comunidad son seres limitados que necesitan de la gracia y la fuerza de Dios para llevar adelante esta bella misión.

Para construir el tejido comunitario como fuente y signo de espiritualidad es necesario no olvidar que es Dios el que llama a cada Hermana y a cada Hermano, y es Él quien nos ha convocado a vivir en una comunidad muy concreta. Cada una y cada uno responde al llamado de Dios a vivir en fraternidad, animándonos a construir relaciones serenas, sencillas, de aceptación y apreciación de la diversidad, siendo signo y profecía de la vocación de la Iglesia en la comunión universal. Es en la vivencia de la vida comunitaria donde crece y se alimenta

nuestra vocación, teniendo como cimiento el vínculo con Aquel que nos eligió, que nos llamó y que mediante su Espíritu va vivificando y actualizando el don del carisma que hemos recibido.

Comprometernos a construir comunidad

Para que nuestras comunidades se conviertan en verdaderas fuentes y signos de vida en el Espíritu, donde cada uno de sus miembros pueda compartir sus experiencias del encuentro con ese Dios que llama a vivir en fraternidad, es urgente que el espacio comunitario sea prioritario para cada consagrada y consagrado. Ellas y ellos deben estar como “centinelas que mantienen vivo en el mundo el deseo de Dios y lo despiertan en el corazón de tantas personas con sed de infinito; siendo buscadores y testigos del proyecto de Evangelio, visibles y vitales. Hombres y mujeres de fe fuerte, pero también con capacidad de empatía, cercanía, de espíritu creativo y creador que no pueden limitar ni el espíritu ni el carisma en las rígidas estructuras, ni en el miedo a abandonarlas”.

En nuestro tiempo y para nuestro tiempo, es necesario reem-

prender esta obra “divino-humana” de formar comunidades de Hermanas y Hermanos, teniendo en cuenta las condiciones propias de estos años en los que la renovación teológica, canónica, social y estructural ha incidido poderosamente en la fisonomía y en la vida de la comunidad religiosa; ya que las y los jóvenes que se acercan a las comunidades religiosas buscan encontrar en la comunidad ese espacio que sea verdadera fuente y signo de espiritualidad, donde puedan nutrirse y compartir la experiencia de Dios en medio de sus vidas, de la comunidad y de su pueblo.

Entrar en la escuela de amor

Qué bello es que la comunidad ofrezca espacios para compartir la experiencia de cada uno y cada una con el Dios Trinidad, ya que de allí se va gestando una Vida Consagrada que es verdadero testimonio del amor de Dios en medio de su pueblo, porque ésta se convierte, como dice Aparecida, en testigo de que hay una manera diferente de vivir con sentido, recordando a las Hermanas y Hermanos que el Reino de Dios ya ha llegado; que la justicia y la verdad son posibles si nos abrimos

a la presencia amorosa de Dios nuestro Padre, de Cristo nuestro hermano y Señor y del Espíritu Santo nuestro Consolador.

Para que las mujeres y los hombres que han sido llamadas/os a vivir juntos en una comunidad sean testimonio del amor trinitario de Dios, es necesario que cultiven las cualidades requeridas en toda relación humana: amabilidad, sinceridad, control de sí, delicadeza, sentido del humor y espíritu de participación y de corresponsabilidad.

La comunidad religiosa, por el hecho mismo de ser una “escuela de amor”, que ayuda a crecer en el amor a Dios y a las Hermanas y Hermanos, se convierte también en lugar de crecimiento humano y por ende, en fuente y signo de espiritualidad. El proceso es exigente, ya que comporta la renuncia a bienes ciertamente muy estimables, pero no imposibles, como lo atestigua la lista de santos y santas, y las maravillosas figuras de religiosas y religiosos que han demostrado que la consagración a Cristo “no se opone al verdadero progreso de la persona humana sino que, por su misma naturaleza, lo promueve en gran medida”.

El camino hacia la madurez humana, premisa necesaria para una vida de irradiación evangélica, es un proceso que no conoce límites, porque comporta un continuo “enriquecimiento”, no solo en los valores espirituales, sino también en los de orden psicológico, cultural y social.

Mostrar que se puede vivir en comunión

Ante un mundo roto y deseoso de unidad somos llamados a proclamar con gozo y fe firme que Dios es comunión, Padre, Hijo y Espíritu Santo, unidad en la distinción, el cual llama a todos los hombres y mujeres a que participen de la misma comunión trinitaria. “Como Tú Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros” (Jn 17, 21). Desde esta experiencia somos impulsados a anunciar que esta comunión es el proyecto magnífico de Dios Padre; que Jesucristo, hecho hombre, es el punto central de la misma comunión, y que el Espíritu Santo trabaja constantemente para crear la comunión y restaurarla cuando se hubiera roto.

La comunidad religiosa manifiesta que la Iglesia es signo e instrumento de la comunión querida

por Dios, iniciada en el tiempo y dirigida a su perfección en la plenitud del Reino. La vida religiosa es un don del Espíritu, don de Dios y un misterio que hunde sus raíces en el corazón mismo de la Trinidad Santa y santificadora. La más alta vocación del hombre y la mujer es entrar en comunión con Dios, con otras/os mujeres y hombres, sus hermanas y hermanos.

Como consagradas y consagrados estamos llamadas y llamados a vivir en nuestras comunidades religiosas el amor, la aceptación y el perdón; siendo soporte unos de otros de modo que nos ayudemos mutuamente a caminar. También somos invitadas e invitados a construir comunidades que sean fuente y signo de espiritualidad escuchando el clamor de Dios en dos direcciones: al interior de sí mismas y fuera de ellas; teniendo como ejemplo a Jesús que nos llamó y nos sigue llamando día tras día.

Que una comunidad sea fuente y signo de una vibrante espiritualidad hoy parece algo difícil, sin embargo nuestra fe, y la de las y los primeros cristianos y de tantas Hermanas y Hermanos que ya nos han precedido nos dicen: ¡es posible!

Bibliografía:

- Carta Apostólica Alégrese (2015). Vaticano: San Pablo.
- Carta Apostólica Escruten (2015). *II Carta a los consagrados y consagradas en camino por los signos de Dios*. Vaticano: San Pablo.
- CELAM. (2007). *Documento Conclusivo de la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Aparecida*. Aparecida: San Pablo.
- Consagrada, C. p. (1995). *La vida fraterna en comunidad*. Madrid: PPC.
- Papa Francisco (2015). *Carta Apostólica a todos los Consagrados en ocasión del año de la Vida Consagrada*. Vaticano: Paulinas.
- Mazariegos, E. L. (2007). *NAIN el camino de la vocación hoy*. Bogotá: San Pablo.
- Pedroso, J. C. (1996). *Los ojos del Espíritu. Itinerario de formación a la contemplación en la escuela de Francisco y Clara de Asís*. Buenos Aires: Paulinas.
- Rodríguez, A. A. (1989). *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*. Madrid: Claretianas.